

EL ÚLTIMO PROFETA

(Jn 1,19-27; Mt 11,2-6)

JUAN EL BAUTISTA

Tomado del libro de ALBERTO MAGGI, Galería de Personajes del Evangelio. Cómo leer el evangelio y no perder la fe, II. Ediciones El Almendro, Córdoba 2003, pp. 51-57.

<http://www.elalmendro.org/obras/librob022.htm>

Cuando Dios interviene en la historia evita cuidadosamente los lugares sagrados y sus presuntos representantes, que se muestran siempre como los más sordos y hostiles a su palabra.

El Señor escoge lugares y personas normales, como escribe con gran ironía el evangelista Lucas, que inserta las elecciones de Dios en un escenario pretendidamente redundante: "El año quince del gobierno de Tiberio César, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea, Herodes tetrarca de Galilea, su hermano Filippo tetrarca de Iturea y Traconítide y Lisania tetrarca de Abilene, bajo el sumo sacerdocio de Anás y Caifás, un mensaje divino le llegó a Juan, el hijo de Zacarías, en el desierto". (Lc 3,1 2).

Después de haber presentado a los siete grandes de la tierra y haber creado en el lector la expectativa de saber a cuál de estos poderosos se dirigiría el Señor, el evangelista muestra que la palabra de Dios no desciende a los palacios más o menos sagrados del poder, sino al desierto, a Juan.

Hijo de un sacerdote, una vez llegado a la edad de veinte años, Juan debería haber ido al sanedrín para que se verificase, mediante un cuidadoso examen, que no tenía ninguno de los ciento cuarenta y dos posibles defectos físicos enumerados en el libro del Levítico y fuese consagrado sacerdote, perpetuando así el sacerdocio de su padre Zacarías.

Pero Juan no será un hombre del culto como su padre. Consagrado por el Espíritu Santo ya desde el vientre de su madre, él es el profeta que, en abierta contestación con el templo, irá a predicar al desierto la necesidad de un cambio de vida para acoger el inminente reino de Dios

El Espíritu santo, oculto en el templo, se manifiesta con fuerza en el desierto, y el efecto de la predicación de Juan es tal que "acudía en masa la gente de Jerusalén, de toda Judea y de la comarca del Jordán" (Mt 3,5), respondiendo a su invitación "a un bautismo en señal de enmienda, para el perdón de los pecados" (Mc 1,4).

Obviamente las autoridades se cuidan bien de creer al "enviado de Dios" (Jn 1,6), cuya llamada a la conversión será, sin embargo, acogida por la escoria de la sociedad: "los recaudadores y las prostitutas" (Mt 21,32).

"Todos los habitantes de Jerusalén" (Mc 1,5) comprenden que el perdón de los pecados no es concedido por un rito litúrgico en el templo, sino por el cambio de comportamiento, como había anunciado el profeta Isaías: "Cesad de obrar el mal, aprended a obrar el bien... Aunque vuestros pecados sean como púrpura, blanquearán como nieve" (Is 1, 17-18).

Y los habitantes de Jerusalén se alejan de su ciudad, centro de la institución religiosa, para unirse a Juan en el desierto donde, con la inmersión en el río Jordán, expresan públicamente el compromiso de un cambio de vida que obtiene para ellos la cancelación de sus pecados.

El éxito popular de la predicación del Bautista será, sin embargo, también la causa de su muerte. Las autoridades religiosas ("el poder de las tinieblas", Lc 22,53), siempre listas para percibir las luces del Espíritu y sofocarlas, están alarmadas; desde Jerusalén, los jefes envían, junto con los sacerdotes, a los levitas, que constituían la policía del Templo, para interrogar torpemente a Juan: "Tú, ¿quién eres?" (Jn 1,19).

Tranquilizados porque Juan había respondido que no era el Mesías, "algunos de los enviados del

grupo fariseo" ponen en tela de juicio entonces su actividad: "Entonces, ¿por qué bautizas, si no eres tú el Mesías ni Elías ni el Profeta? (Jn 1,24-25).

Aunque no es el Mesías, Juan ha suscitado un movimiento popular considerado un peligro para la institución religiosa, que provee a la eliminación de este antagonista del Templo, luchando con las armas típicas del poder religioso: el descrédito por parte de la gente y la denuncia a las autoridades civiles.

La difamación del incómodo profeta ha sido posible también porque la sintonía entre el Bautista y la gente ha durado poco tiempo y, antes de que Herodes le quitase la cabeza, Juan había perdido ya la reputación.

Pasado el entusiasmo por el profeta demasiado exigente, la gente considera ya que Juan es un loco que "ni come ni bebe y dicen que tiene un demonio dentro" (Mt 11,18).

Esta calumnia ha hecho pasar a la historia a Juan el Bautista como el gran asceta que ni come ni bebe.

Los evangelistas afirman claramente que Juan comía, y que "se alimentaba de saltamontes y miel silvestre" (Mt 3,4).

El Bautista comía lo que el desierto ofrecía, sin las preocupaciones y los escrúpulos religiosos de Judas, el heroico jefe llamado el "Macabeo" (apodo que significa "martillo"), que, retirado al desierto, se "alimentaba solo de hierbas del campo, para no contaminarse" (2 Mac 5,27).

La alimentación de Juan no tiene ninguna connotación ascética y mucho menos penitencial, pues representa el alimento habitual de los nómadas palestinos.

Alimentarse de saltamontes era hasta tal punto normal que se aconsejaba en la Biblia: "Podéis comer los siguientes: la langosta en todas sus variedades...", Lv 11,22), y entre las especialidades culinarias de la comunidad monástica de Qumrán estaban también las langostas "puestas en el fuego o en el agua, mientras todavía están vivas" (Doc. Dam. 12,15).

La miel de las abejas de la selva era, además, un alimento tan energético que se había convertido en el signo del cuidado de Dios por su pueblo: "Los alimentó con la cosecha de sus campos; los crió con miel silvestre, con aceite de rocas de pedernal" (Dt 32,13).

Con relación al vestido, hecho "de pelo de camello, con una correa de cuero a la cintura" (Mt 3,4), hay que decir que ésta era la indumentaria clásica de los profetas que, para profetizar, se vestían "el manto de pelo" (Zac 13,4): en particular, al profeta Elías se le reconoce por el "cinturón de cuero que le ceñía la cintura" (2 Re 1,8).

ISAÍAS CENSURADO

Según Flavio Josefo, la muerte de Juan a manos de Herodes Antipas no fue causada, como aparece en los evangelios, por el hecho de que el profeta se inmiscuyese en un asunto de cuernos entre hermanos (Mc 6,17-29), sino más verosímelmente por el temor, por parte del tetrarca, de una sublevación popular provocada por el Bautista.

De hecho, cuando el éxito de la predicación de Juan llegó al ápice, "Herodes se alarmó. Su elocuencia tenía sobre la gente efectos tan fuertes que podía llevar a cualquier clase de sedición, porque parecía que la gente quería dejarse guiar por Juan en todo lo que hiciesen. Por esto, Herodes decidió que sería mucho mejor golpearlo anticipadamente, librándose de él antes de que su actividad llevase a una sublevación, que esperar un levantamiento y encontrarse en una situación tan difícil como para arrepentirse de ella. Con ocasión de las sospechas de Herodes, (Juan) fue llevado encadenado a Maqueronte, y allí fue asesinado" (Antigüedades 18, 118-119).

Y es precisamente en la cárcel donde explota la dramática crisis del Bautista con relación a aquel Jesús al que, en el momento del bautismo, había reconocido como "el cordero de Dios que quita el pecado del mundo" (Jn 1,29).

El Dios que Jesús manifiesta con sus acciones y con su mensaje es de hecho diferente al predicado por Juan. Éste, "más que un profeta" (Mt 11,9), es el último de los grandes hombres de Dios que cierran una era, la del Dios que ninguno había conocido en verdad, ni siquiera Moisés el gran legislador, o Elías el máximo profeta, porque "a Dios nadie lo ha visto nunca" (Jn 1,18).

El único que lo puede revelar plenamente es aquel Jesús de quien el Bautista había dado testimonio

públicamente como "el Hijo de Dios" (Jn 1,34).

Prosiguiendo una tradición religiosa de la que es el último exponente, Juan el Bautista había presentado al Mesías como aquél que vendría a bautizar "con Espíritu Santo y fuego" (Mt 3,11): "Espíritu" para comunicar vida a los justos, y "fuego" para destruir, como paja, a los pecadores. Heredero de una religiosidad que espera un pueblo formado en su totalidad por santos ("En tu pueblo todos serán justos", Is 60,21), Juan se queda desconcertado con el comportamiento de un Jesús que afirma "haber venido a llamar más que justos a pecadores".

El Bautista había proclamado que "todo árbol que no dé buen fruto será cortado y echado al fuego" (Lc 3,9).

Jesús, en clara referencia al celo destructor de Juan, le responde con la parábola de la higuera estéril. Mientras aquél que ha plantado la higuera le dice: "Córtala. ¿Para qué, además, va a esquilmar la tierra? (Lc 13,7). Jesús, que no ha venido a destruir, sino a vivificar, le devuelve la vida al árbol, considerado ya completamente estéril ("tres años") y pide tener paciencia: "Señor, déjala todavía este año; entretanto yo cavaré alrededor y le echaré estiércol" (Lc 13,8).

Con Juan se ha cerrado definitivamente una época ("Porque hasta Juan los profetas todos y la Ley eran profecía", Mt 11,13) pues, con Jesús, Dios no es ya una profecía, sino una realidad visible, en la que no se encuentran actitudes de juicio o condena, sino sólo propuestas de plenitud de vida y un amor extendido incluso hacia quien no lo merece.

En lugar de juzgar a los hombres por su conducta, Jesús anuncia que el amor del Padre se extiende a todos, injustos incluidos, porque "no envió Dios el Hijo al mundo para que dé sentencia contra el mundo, sino para que el mundo por él se salve" (Jn 3,17).

Pero Juan no consigue aceptar la novedad traída por Jesús y, desde la cárcel, le envía un ultimátum que suena a excomuniación: "Eres tú el que tenía que venir o esperamos a otro? (Mt 11,3).

A la amenaza del Bautista, Jesús responde con los hechos, enumerando las acciones positivas con las que ha devuelto la vida: "Id a contarle a Juan lo que estáis viendo y oyendo: Ciegos ven y cojos andan, leprosos quedan limpios y sordos oyen, muertos resucitan y pobres reciben la buena noticia (Mt 11,4-5).

En su réplica a Jesús cita dos textos conocidos de Isaías, donde se anuncian las obras que deberá hacer el Mesías de Dios a su llegada, pero censura los pasajes en los que el profeta anuncia la esperada venganza de Dios sobre los paganos pecadores: "Mirad a vuestro Dios que trae el desquite, viene en persona, resarcirá y os salvará; (Is 35,4; 61,2).

Y Jesús concluye su respuesta con un aviso para Juan, que es una invitación a abrirse a la novedad de un Dios que ama a todos: "¡Y dichoso el que no se escandalice de mí! (Mt 11,6). Solo así Juan, "el más grande de los nacidos de mujer" (Mt 11,11) será grande también en el reino de Dios.